

LOS OJOS DE TU PERRO

Mónica Müller

*Mónica Müller nació en Buenos Aires en 1947. Publicó una novela, **El gato en la sartén** (1971), que provocó reacciones en los medios de parte de asociaciones de madres de familia y sectores afines. El trabajo, la medicina, las parejas, los hijos la distrajerón de la literatura durante treinta y seis años. En 2007 volvió a publicar, esta vez un libro de cuentos, **Secuelas**. Sus relatos han sido incluidos en varias antologías. Textos suyos suelen leerse en la revista electrónica **El interpretador**. Mantiene el blog **Viejos son los trapos**.*

*Este relato pertenece al libro **Vagón fumador** de la editorial **Eterna Cadencia** y lo publicamos con la gentil autorización de su autora y del editor **Mariano Blatt***

Rascar y fumar, todo es empezar. Eso decían los padres cuando teníamos doce o trece años y creían que todavía no habíamos empezado. En realidad a los siete ya armábamos cigarrillos con hojas de ligustrina de los cercos y a los diez fumábamos regularmente dos o tres Particulares por día de un atado que comprábamos entre todos y escondíamos aplastado entre dos libros del colegio.

Esos cigarrillos que fumábamos en un rincón de la terraza o agachados detrás de una chapa caliente en el baldío no tenían nada que ver con los que fumaban los grandes. Eran dos cosas totalmente diferentes. Ellos fumaban despacio, entrecerrando los ojos, paladeando el humo y jugando con la ceniza; en cambio nosotros compartíamos entre varios un cigarrillo chato y babeado y le dábamos una chupada corta de apuro porque el siguiente ya acercaba los dedos en pinza para sacártelo de la boca. Algunos tragaban el humo, levantaban la cabeza y lo soltaban de a poco haciendo círculos. Eso era impresionante, pero en general lo largábamos e golpe mirando furtivamente alrededor con miedo a que nos vieran.

Algunos grandes tenían cigarreras. Yo todavía tengo la de mi papá. Es de plata, con una textura suave como hecha a golpes de un martillito. Adentro tiene dos elásticos blancos que a pesar del tiempo siguen siendo elásticos y blancos y siguen sujetando muy bien los cigarrillos que a veces le pongo para acordarme de él. Es corta y poco profunda, así que solo caben diez y sin filtro. En un ángulo de la tapa tiene sus iniciales grabadas pero no como eran en castellano sino como eran en alemán. Cada vez que la veo me pregunto porqué habrá hecho grabar una K y no una C, si nunca usaba su nombre original porque le gustaba creer que era argentino. Entonces pienso que se la regaló alguien, no un amigo sino una mujer, y seguro que no mi mamá.

Me gustaba cuando abría el cierre con un toque del pulgar, elegía con cuidado un cigarrillo aunque todos eran iguales y lo deslizaba por debajo del elástico. Antes de llevárselo a la boca lo hacía rodar con suavidad entre tres dedos y al final lo ponía vertical y le pegaba unos golpecitos contra la mesa como despertándolo para que se preparara a ser fumado. Me parece que antes de prenderlo humedecía el borde del papel

con los labios pero no estoy segura. Después se sacaba de la punta de la lengua una hebra de tabaco pegando una escupidita seca hacia el costado.

Lo que más me gustaba no era verlo fumar sino lo que hacía desde que abría la cigarrera hasta que daba la primera pitada, larga y lenta, con los ojos entrecerrados detrás del humo.

Fumaba cuando escuchaba música, cuando leía, después de comer y cuando hablaba con sus amigos de cosas que yo no escuchaba porque estaba concentrada en el movimiento de las manos, el jugueteo impaciente con la cigarrera y con los fósforos, el tallado de la punta de ceniza contra el borde del cenicero una y otra vez y cuando había viento, la mano ahuecada protegiendo la llama del fósforo, algo que me parecía una de las destrezas más increíbles del mundo de los grandes.

Cuando repaso esas secuencias se mezclan con el momento en que descubrí que en una bola de vidrio de un árbol de navidad mi cara y todo lo que había en la habitación se reflejaba alargado y deforme. Yo estaba arrodillada en el piso al lado del arbolito y mi papá, sentado en una silla, prendía un cigarrillo y me explicaba el fenómeno óptico del ojo de pescado, por el que todo el ambiente se condensaba como una esfera alrededor de mi cara, que se movía como un huevo gesticulante.

También me enseñó que prender tres cigarrillos con el mismo fósforo le trae mala suerte al último fumador. Algo que primero me parece una tontería de repente tiene un sentido grave y dramático: me dice que durante la guerra los soldados pasaban horas en la trinchera esperando y fumando y que de noche la llama de un fósforo que permanece prendida más de cinco segundos puede descubrirle al enemigo la ubicación de un soldado. Yo creía que lo que me contaba de la guerra lo había leído en los libros. No sabía que su padre había muerto acribillado a balazos en una batalla hacía siete años, dos antes de que yo naciera.

Cuando mi papá le daba fuego a dos personas yo controlaba que no se distrajera y me tranquilizaba ver que no se olvidaba nunca: siempre apagaba el fósforo después del segundo cigarrillo y prendía uno nuevo para él.

Hacer personitas con fósforos me tenía ocupada durante las sobremesas eternas de los almuerzos del domingo. Con una caja completa fabricaba familias, grupos, barrios de personas con cabecita roja y las colocaba paradas, acostadas o sentadas sobre la panera, en el borde de los vasos y en pueblecitos hechos con miga de pan. Mientras mi papá hablaba yo me colaba bajo uno de sus brazos y le pedía en voz baja “una mesita” y al rato “una camita”, y él modelaba con sus dedos inmensos y sus uñas meladas como cortafierros unos muebles en miniatura con detalles preciosos, hasta con molduras y ribetes, sin dejar la conversación.

El cuerpo de los fósforos era de papel encerado. Primero había que desplegarlo y después desgarrar cuatro tiritas para formar los brazos y las piernas si quería hacer un hombre. Para hacer una mujer solo había que separar dos hebras superiores para los brazos y estirar a lo ancho la parte de abajo hasta que pareciera una pollerita plisada. Los chicos se hacían igual pero cortando un poco la parte inferior para que fueran más bajos. A veces mi papá paraba en un corcho un fósforo hombre y uno mujer. Le acercaba fuego a la cabecita del hombre y mirábamos como las dos cabecitas se unían, ardían juntas y en un instante los dos se quemaban desde arriba hacia abajo y quedaban calcinados sobre la superficie del corcho. A mí no me gustaba que los brazos y las piernas se retorcían y que ellos se enroscaban uno contra el otro como con desesperación antes de quedarse quietos. Tampoco me gustaba que mi papá los miraba

sonriendo y después los soplaban para que desaparecieran. Cuando quedaba una de las cabecitas entera yo la juntaba sin que él me viera y la guardaba en la misma caja de donde había sacado el fósforo para hacer la personita.

La caja tenía un lado áspero como una lija gruesa y en el frente la foto de una actriz con la palabra Victoria en letras cursivas rojas. Hasta que descubrí que eran muchas caras distintas con el mismo nombre creí que era el nombre de la actriz. Me parecía apropiado para una mujer que aparecía en una caja de fósforos porque así se llamaba la manicura que le hacía las manos a mi mamá todos los viernes a las siete de la tarde. Así decía ella: me hace las manos. Tanta regularidad y constancia me hacían pensar que si Victoria dejaba de ir a casa las manos de mi mamá se iban a deshacer de a poco hasta desaparecer. Victoria tenía anteojos de vidrio grueso, la piel oscura, muchos dientes blancos y un pecho sorprendente que se proyectaba hacia delante como un rompehielos. Daba ganas de hacer los deberes, de apoyar juguetes, de tomar el té sobre ese plano horizontal y macizo que se movía apenas como un animal dormido mientras Victoria se afanaba con sus ojos miopes sobre las diez uñas rojas de mi mamá. Cuando se iba yo encontraba siempre dos o tres pelos de su cabeza, gruesos, enrulados, en la mesa o en el baño. Esa forma indiferente de abandonarlos me parecía una señal de languidez, de la dejadez excitante que yo relacionaba con algo misterioso que pasaba entre algunos hombres y algunas mujeres que no eran mi mamá.

Antes y después de hacer las manos, Victoria fumaba un cigarrillo. Lo sacaba con mucha lentitud del atado, lo amasaba despacio y lo chupaba un segundo haciéndolo girar entre los labios antes de acercarle fuego con los ojos casi cerrados detrás de los anteojos. Ella no tenía cigarrera pero en cambio tenía encendedor. Era de metal y tenía una tapa que golpeaba con fuerza cuando la cerraba. Me impresionaba que Victoria la bajaba despreocupadamente sobre la llama prendida. Si el encendedor quedaba sobre la mesa yo lo abría despacio para ver si el fuego estaba adentro pero nunca estaba. En cambio salía olor a nafta y yo lo olía con fuerza para que mediera náuseas durante un rato.

Mi papá llegaba temprano casi todos los viernes y cuando Victoria fumaba sus dos cigarrillos se apuraba a darle fuego. La mano de ella envolvía la de él por detrás como para atajar el viento, que dentro de nuestra casa nunca soplaban.

Mientras preparaba sus cosas para irse, Victoria cantaba con voz ronca y baja: “fumando espero al hombre que yo quiero, tras los cristales de alegres ventanales” o “dame el humo de tu boca, dame, que mi pasión provoca” y pronunciaba “daame” como si de verdad le pidiera a alguien que le diera algo.

Cuando ella cantaba eso yo miraba a mi papá porque me parecía que el aire de la habitación se hacía palpable y por un rato el tiempo se trababa y andaba más despacio.

Otra cosa que me enseñó mi papá es que hay que mirar bien porque todo, hasta el detalle más chiquito, tiene importancia. Lo más interesante es lo que a nadie le interesa, decía, y me contó un cuento que debe haber inventado él porque nunca más lo oí y aunque le pregunté a mucha gente nadie lo conoce.

Era así: un hombre muy bueno se murió y cuando llegó a las puertas del cielo San Pedro le dijo que antes dejarlo entrar tenía que preguntarle qué cosas importantes había hecho en su vida. El hombre recitó una larga lista de actos de generosidad, de altruismo y de abnegación y ya se preparaba para entrar cuando San Pedro le preguntó: ¿Y de qué color eran los ojos de tu perro? Como el hombre no se acordaba, porque en realidad haciendo tantas obras de bien no había tenido tiempo para observar ese pormenor, San Pedro le dijo que había dilapidado su vida en trivialidades sin reparar en las cosas

significativas. No me acuerdo del final del cuento. No creo que lo haya mandado al infierno por eso, pero seguro que al cielo no lo dejó entrar.

Creo que por eso yo miraba siempre los ojos de los perros, la forma de las nubes, las manos de la gente, todo lo que vive y se mueve debajo de las baldosas, la cara de los gusanitos y cómo fumaba mi papá.